

había todas sus fuerzas agotado en la titánica empresa. Cuantos artefactos de guerra pudo recabar al trabajo y al cambio, empleólos en el asedio con verdadera tenacidad. Pero estaba escrito que la plaza caería, no al esfuerzo del monarca, sino á una milagrosa intervención del cielo. Nino debía desconocer en aquel entonces la presencia de Semíramis y el grande poder ejercido por ella en sus propios y peculiares dominios. De haberla visto, sojuzgáralo en el momento de verla, que atractiva y hechicera fascinaba como la serpiente y no ponía ojos en hombre alguno sin rendirlo á sus gracias, someterlo á su imperio y sojuzgarlo, tanto con la hermosura de su persona como con la doblez de su carácter, la perfidia de su voluntad y las superioridades incontrastables de su alta inteligencia. El sátrapa de Siria, que sobre todo en el mundo la quería, y no deseaba ni vivir sin ella siquiera, debió con suma destreza y tenacidad esconderla, porque ningún esfuerzo había hecho Nino para ver ó acercarse á la sobrenatural maga en cuyos hechizos todos quedaban presos. De haber adivinado que tan cerca estaba la mujer, luégo señora de su vida, no tardara tanto en procurarse aquella felicidad bien apetecible y granjear á su vida un amor en el cual se transfundió toda su alma. Celoso y receloso el sátrapa, no quiso mostrarla jamás, presin-

tiendo en sus celos cómo Nino debía bajar lleno de amor hasta Semíramis, y cómo Semíramis debía subir llena de ambición hasta Nino. Fácil, facilísimo esconder á estas mujeres en los campamentos asiáticos, porque si todo ejército aparece allí, en aquellas expediciones de los conquistadores caldeos y asirios, como un pueblo en movimiento, el harén, donde las mujeres se hallan reclusas, toma este carácter nómada, y, aunque se mueve, se oculta.

No era Semíramis tan sólo una mujer de intuición é inspiraciones: era una mujer de maduro y reflexivo juicio ayudado por prolijos estudios. Como los presagios le habían señalado ya el ministerio y el destino á que sus ambiciones de consuno la llamaban, no hacía en el campamento sino estudiar ^{la} materia guerrera, complemento de la materia política y administrativa que otros días ocuparan su actividad en los ensayos hechos para subir de un vuelo á las cimas sociales, cumpliendo así vocaciones indecibles de su conciencia y llamamientos incontrastables de su compleción. Semíramis menospreciaba todas las labores propias de su débil sexo y seguía un verdadero curso militar como cualquiera de los generales que la rodeaban. Otras de las mujeres allí presentes, ó urdían telas, ó bordaban, ó discurrían sobre cuentos y leyendas, muy olvidadas por cierto de cuanto las circueja, y muy propen-

sas á desinterarse y desasirse de los negocios militares per contradictorios con su naturaleza y con su educación. Pero á Semíramis ningún trabajo la fatigaba, ningún cálculo matemático la detenía, ningún obstáculo era parte á desconcertar sus intentos ni á divertirla de sus fines. Reconcentrada la idea en el asedio, la vista en el muro enemigo, todos sus deseos en victoria que pudiera distinguirla y separarla de aquellas muchedumbres, veía ya con el apetecido logro la codiciada corona. Hija del crimen y del sacrilegio, expuesta en los montes, criada por las palomas, socorrida por los pastores, de un intendente sierva, de un sátrapa esposa, no creía bastante satisfecho aquel su inquietísimo deseo, que se hubiera tragado seguramente, dada la intensidad infinita de sus ambiciones, el mundo y quizás el cielo. Así es que supo estudiar el sitio con grande intensidad y salir del sitio con espléndida corona.

Ya uno tras otro los sitiadores de Bactrias habían caído en la mayor desesperación. Todos los indicios les anunciaban que bien pronto habrían de renunciar al asedio y volverse confusos á las orillas del Éufrates, asombradas por el negror de la derrota. Retroceder uno de aquellos semidioses como Nino, engendrados por un dios como Belo, equivalía en el fondo á morir, y á morir sin esperanza, ni

de resurrección en otra vida, ni de gloria en ésta. Las confusas tribus aglomeradas en los desiertos mongólicos podían caer como una inmensa catarrata, que todo lo arrastrase, desde las mesetas asiáticas en los ríos caldeos. Casualmente la Bactriana, compuesta de áridos inmensos desiertos, de oasis encantadores, de montes y desfiladeros agrios, de regiones glaciales y regiones encendidas, podía dar de sí razas tan diversas que, impulsadas por un deseo inquietísimo, rompieran á una en irrupción formidable y pasaran de aquel centro al Éufrates y al Tigris, como pasan de un lado á otro los cuervos y los buitres azuzados por el hedor de la matanza. Íbale á Nino el imperio, con el imperio la vida, con la vida la honra, con la honra la suerte de toda su familia, en alcanzar pronto una victoria y detener para siempre dentro de su cauce aquellas razas encrespadas y tormentosísimas que amenazaban á una con desplomarse terriblemente sobre su corte. Un amago y otro amago, un asalto y otro asalto, un corte puesto entre todas las comunicaciones, un apretamiento del hambre y de la sed, un escalo terrible, las hogueras encendidas en torno de la ciudad vanamente para incendiarla, todos los horrores de la guerra empleados, hechas todas las apelaciones á lo extraordinario y á lo milagroso que pueda sugerir la desesperación á un guerrero,

no le trajeron resultado ninguno ventajoso; bien al revés, le consumieron la vida, le devoraron el prestigio, le pusieron en la vía de un retroceso, cuando á la víspera de retirarse, perdida la esperanza, los recursos agotados, el desastre próximo, aparece una mañana sobre la fortaleza más alta, vestida de guerrero, coronada de casco, en una mano el bastón de mando, en la otra mano la espada de los generales, Semíramis, que no contenta con estudiar la brecha y encontrarla se había ido sigilosamente á ella, y, escalándola con arrojo, ofrecía y presentaba la ciudad rendida é inerme su monarca.

Imaginaos un preso extraído de hondo calabozo que vuelve súbitamente al aire y á la luz libres, un moribundo que recobra la salud, un muerto que vuelve á la vida: tal fué Nino, transportado por aquel milagro de la derrota inevitable á una inesperada victoria. Semíramis, venciendo, no le aseguraba tan sólo su corona de monarca, le aseguraba también su naturaleza de dios. Nino, generado por Belo, necesitaba demostrar á razas, muchas de ellas puramente mercantiles, pero muchas otras de suyo belicosas, cómo había heredado todos los dones celestes que se necesitan para pelear con los hombres y vencerlos y sojuzgarlos. Belo había sido el dios de la guerra, y con este carácter pasara desde las orillas del Tigris y del Éufrates á las orillas del Tíber.

Según Plinio nos cuenta, el pintor Apeles había trazado una figura de Belona tirando del carro en que iba Marte asentado. Los déspotas del tiempo no estaban seguros de reinar sino á costa de vencer. La naturaleza de aquella sociedad exigía que no solamente se obedeciese á los reyes, que se los adorase. Un tanto de fetichismo para los dioses y un tanto de idolatría para los reyes necesitaba el grado ínfimo de vida y el término incipiente de la evolución. Y dioses y reyes salían igualmente maltruchos de Bactrias en una retirada irremediable. Belo se caía de su altar y Nino de su trono á su desgracia, porque, materialistas aquellas generaciones incultas, no podían concebir que leyes inmutables rigieran el universo y que un dios omnipotente y un rey absoluto, poseedores de todas las fuerzas y dispensadores de todas las gracias, pudiesen pasar por la humillación y por la desgracia de una irreparable derrota. Semíramis, siguiendo con ojo atento el sitio, y encontrando con inesperada fortuna la brecha, se había puesto á la cabeza de dioses y de reyes por salvarlos de la ruina que los amenazaba y que hubiera de sobrevenir, arruinando en poco tiempo sus templos y sus palacios. El mundo todo sabe con qué facilidad se cambiaban las condiciones sociales en aquellas sociedades asiáticas. Como en la línea equinoccial sucede que no

hay crepúsculo entre la noche y el día, sucedía en esta línea del tiempo histórico que pasaban los reyes y los imperios del súbito poder á la irremisible miseria de un salto y á un golpe. Así lo quería la naturaleza especial de aquellas gentes y de aquellos tiempos.

Colocada Semíramis en la torre, con Bactrias á sus piés vencida, con el ejército en torno suyo aclamándola, no hay para qué decir cómo brillaría. La fascinación imperiosa con que dominaba de suyo á los hombres aumentábase á los prestigios mágicos del triunfo milagroso. La fuerza física se aumenta con la fuerza moral, y la hermosura con la inteligencia y con la virtud. Cuando veis una mala acción en una persona bella, creed que la oscurece y afea tristemente. Cuando veis acción buena en persona fea, creed que la embellece. Pues aquella Semíramis, si recién nacida fascinaba de suyo á las palomas, y recién criada á los pastores, y joven al intendente y al sátrapa de Siria, ¿cómo no fascinaría en este minuto supremo, imperiosa y triunfante, á quien había salvado con su ojo certero y su triunfo inopinado? En todos los afectos que un hombre siente por una mujer se mezcla el amor siempre. No es posible amistar con una persona de otro sexo, admirarla, sin quererla más ó menos castamente, pero entrando en este cariño algún leve matiz y

algún casto influjo del género á que se pertenece. La grande admiración, el increíble pasmo, la solícita sorpresa, la persuasión de que le debía el trono suyo y el altar de su padre, todos estos sentimientos se agolparon á una en el corazón de Nino y le rindieron al imperio de Semíramis, pero al imperio amoroso. No podía verla en su hermosura natural, extremada por su triunfo milagrosísimo, sin verse también captado por ella y sujeto y ceñido como siervo mísero al carro de tanta gloria y al poder de tanta inteligencia. Le había sujetado el amor y ceñídole con sus cadenas incontrastables á Semíramis tras su primer afecto de natural extrañeza y su segundo afecto de admiración y maravilla. Como el combustible frío echado á la combustión ardiente se vuelve todo fuego, el afecto sencillo y natural echado al corazón varonil en presencia de una mujer así, tan bella como sabia, se vuelve todo amor. Semíramis había conquistado para Nino á Bactrias, mas para sí á Nino, con todo su inmenso imperio.

La esposa del sátrapa debía ser esposa del emperador. En pueblo donde las esposas á pública subasta se compraban por sus novios, no debía ofrecer muchas dificultades el paso de un hogar á otro. Fácilmente mandaría Nino á Semíramis la prenda que significaba adquisición matrimonial allí, es decir, aquella oliva pendiente de una cadena, la

cual oliva llevaba inscrito el nombre de su esposo con el nombre de los dioses llamados á proteger bajo su divina tutela familia y hogar. De piedra las he visto yo en los museos europeos, de pedrería enviásele Nino á Semíramis. Tampoco ¡ay! los celos debían imperar con mucho imperio allí donde cada mujer iba por obligación litúrgica todos los años al templo de Milytta y entregaba su cuerpo al extranjero que lo pedía, creyendo así ofrecer el más aceptable holocausto á la más severa diosa. Por consiguiente, un esposo nuevo debía, dada esta facilidad en el comercio entre los sexos, allegar la posesión de una mujer casi común á todos, sin herir mucho al antiguo poseedor y marido. Pero en el caso presente, por nosotros historiado, tal como la tradición lo guarda y lo refiere, todo había de resultar excepcional y milagroso, ajeno de lo vulgar y corriente, como los mayores personajes y las escenas sobrenaturales que vamos ofreciendo á quien leyere. Menón, el sátrapa de Siria, esposo de Semíramis, estaba tan enamorado aún de ella en aquel entonces como el día de su boda. Todo amor puesto sobre la belleza pasa con la fugacidad propia de base tan deleznable y cambiante. Pero el amor, que sustituye al natural y pronto hartazgo de los sentidos, afectos de alta estima y admiración, jamás se cansa; bien al revés, crece con la posesión y toma la

profunda intimidad y la perdurable vida de nuestro propio espíritu. Para el sátrapa sirio Semíramis era, no solamente la esposa en el hogar y en el tálamo, era luz en las tinieblas de su ignorancia, consuelo en las aficciones de su vida, consejo en los deberes de soberano, economía y ahorro en la hacienda de su región y de su hogar, fuerza en las batallas, descanso en las fatigas, poesía en todos los dolores de una triste realidad, esperanza para la vejez, el sol, y el aire, y el suelo, y el jugo, y el calor de su alma.

El ánimo varonil de Semíramis pegábase de suyo, más que al amor, á las grandes ambiciones. Como naciera para reina y no para esposa, como deseara ser madre de pueblos más que madre de individuos, no hacía caso del amor y de sus penalidades. Sensual, como toda la raza caldea, dominaba el sensualismo siempre que lo exigía el cuidado solícito de otras inclinaciones más altas, como la dominación, ó el apetecido logro de otras propensiones más varoniles, como la propensión á guerras y á conquistas. Ella, que había pasado su vida en cálculos matemáticos y en maquinaciones políticas, realmente apreciaba en poco el obstáculo á sus fines opuesto, y tenía en mucho todo lo conducente á imperio y á dominio. Por tanto, los contratiempos de su marido no la embargaban cosa,

y cuando éste iba del ruego á la cólera, y dirigía terribles amenazas, presentábase á sus ojos como instrumento de una voluntad más alta que la voluntad de los hombres, y constreñida, en fuerza de su destino, á pasar, mal de su grado, desde un tálamo de sátrapa sumiso al trono sublime de dios omnipotente. A medida que mayores objeciones, y tras las objeciones más intensas resistencias oponía el sátrapa sirio á los deseos de Nino y á las inclinaciones de Semíramis, con mayor viveza le presentaba la futura emperatriz del Tigris y del Éufrates lo absoluto del poder en Nino y lo inútil de la resistencia en ellos. El esposo la instaba para que lo siguiese á donde quisiera él llevarla, en la seguridad completa de abrirse camino triunfal desde las orillas del Oxo á las orillas del Mediterráneo, levantando en su hermosísima satrapía un imperio tan vasto como poderoso, y quizá con fuerza bastante para tragarse al mismo imperio de Nino. Semíramis no escuchaba tan desvariados propósitos, y no creía sensato apelar á la rebelión para obtener en último resultado aquello que le concediera la fortuna.

Por su parte, Nino instaba también con vivas instancias, y cuando el sátrapa Menón las desoía, en el ardor de sus celos, apelaba resueltamente á las amenazas. Habiendo conservado la corona por

el triunfo de Semíramis en los muros de Bactrias, creía de su deber compartirla con aquella maga vencedora en los territorios del Éufrates. No creía posible la ida indispensable desde las altas mesetas mongólicas á los bajos valles caldeos sino llevando consigo la mujer triunfante, y no creía posible llevar consigo la mujer triunfante sino con la calidad y rango de su esposa, y, por tanto, reina de los mismos resueltos á tributarle toda suerte de homenajes. Dejar á Semíramis en poder de Menón equivalía, realmente, á decretarle á éste la corona de su imperio, pues desde la hora misma en que penetrara por la brecha de Bactrias y subiera en alas de su valor á la torre más alta tendiendo la victoriosa mano sobre la ciudad rendida, Semíramis concluía y remataba con su figura de diosa y su gloria de maga toda la monarquía. Pero no determinaban el proceder de Nino estas razones políticas; determinábalo una fascinación á la cual no había podido resistirse, un mágico encanto á cuyos halagos cayera en hechizo, un sortilegio semejante á los ejercidos por la magia sobre las personas y sobre los objetos, inclinaciones irresistibles, mandatos poderosísimos, en fin, el amor, con todo su imperio, á una mujer dotada por el cielo de fuerzas como aquellas que los astrólogos atribuían á los astros en el cumplimiento de los humanos

destinos. Nino amó á Semíramis, y Semíramis debía ser la señora de su corazón y la soberana de su inteligencia.

Imaginaos un palacio asirio. Altos muros, semejantes á montañas arregladas según concepciones matemáticas, lo cercan. Sobre los muros levántanse, á guisa de diademas, fuertes y amplias terrazas. Sobre las terrazas pintados pensiles, en los cuales, entre los surtidores de fuentes clarísimas, huelen á porfía las flores y á porfía cantan los pájaros. El sitio donde se levantaba fábrica tan maravillosa bien puede llamarse una fortaleza por lo formidable y por lo inaccesible. Abierto por muchas puertas para que llegasen á él con facilidad los productos de la industria en los cambios del comercio y en los movimientos de la navegación traídos, cerrábase á las irrupciones como si estuviese levantado sobre un campamento. Estos fuertes muros, estas altas terrazas, estos jardines colgantes, hallábanse cortados de vez en cuando por torres compuestas de diversos pisos, las cuales así podían servir al estudio de los astros tan claros en aquellos cielos como al atisbamiento de los irruptores tan numerosos en aquellos tiempos. Tenía el palacio la forma de cualquier letra cabalística, y parecíase más bien á una ciudad populosa que á una vivienda personal de cualquier familia, siquier fuese una familia divina. El sitio

por los hombres ocupado, más abierto y más franco al exterior, distinguíase del ocupado por las mujeres, mucho más oculto, y del ocupado por los sirvientes, que constituían un ejército. Y no contamos para nada los alojamientos militares, distribuídos así por los muros como por los torreones y colocados en forma tal que pudieran ejercer una continua vigilancia y prepararse á una perdurable defensa.

Propíleos magníficos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios semejantes á las plazas mayores de nuestras ciudades más populosas; arcos de medio punto geoméricamente trazados sobre portones gigantescos, tras los cuales aparecían pasadizos en forma de cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas según el oficio á que las destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos grabados y sobre puertas de bronce terminadas unas por garras, otras por pezuñas; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la milicia y con la política en estos colosales edificios; harenes muy reclusos en lo más interno y muy recatados para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad allí tan imperiosa disputando los celos del déspota, constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacio semejante, ya lo hemos dicho, á cualquier ciudad grandiosa de nuestros tiempos y de nuestros

pueblos. Por todas partes la escultura verdaderamente rudimentaria puebla tan maravillosos edificios. Y esta escultura tiene un carácter principalísimo que, á primera vista, salta de su seno, el carácter de una mezcla confusa entre los animales y los hombres. La esfinge no es otra cosa. Su cuerpo de león ó de toro, sus patas terminadas en pezuñas ó garras, su rostro sereno de mujer ú hombre, sus alas abiertas para subir, no sólo por los aires, sino también por los cielos, caracterizan estas figuras, en las cuales descúbrese todo lo contrario de aquello que vemos en las figuras griegas, descúbrese la sumisión del hombre á la naturaleza.

Y no solamente aquellos asirios tallaban las esfinges sacras, sino que también los desmesurados colosos. En duro granito, en rojas moles de pórvido, véanse gigantes, calzados de sandalias, ceñidos de armaduras, con túnicas semisacerdotales que les caen hasta los piés, con clámides litúrgicas, pulseiras en las manos, en la parte superior del brazo brazaletes, alas caídas y alas alzadas en el dorso, las barbas rizadísimas y entrelazadas con joyas de oro, los cabellos sólidos y pesados cayéndoles de las sienas sobre los hombros, en la mano una especie de cetra para escanciar el agua, y en la cabeza una mitra, puntiaguda en los más, esférica en los menos, rematando con insignias diversas y hasta

con órganos de animales todo aquel aparato. Algunas veces el hombre logra desasirse de las especies inferiores. Una túnica sembrada de jeroglíficos lo viste, un peto esmaltado ricamente lo defiende, un arco puesto en la mano derecha lo arma, una mitra circular lo corona, y letras cúficas expresivas de leyendas históricas y de frases religiosas lo ciñen. Por todas partes veíanse bajorelieves trazados en dóciles y brillantes alabastros que relumbraban como espejos. En estos bajorelieves resaltaban, ya nómadas peregrinaciones, ya fantásticos animales, ya figuras de dioses, ya guerreros lanzando sus flechas, ya cautivos conduciendo las moles graníticas á los monumentos colosales. Unas veces el coloso, desceñido por completo de las organizaciones inferiores, personificaba el tributario que iba en busca de animales raros para ofrecerlos al superior; el guerrero que recibía ó daba órdenes; el sacerdote, sentado en su maravillosa litúrgica sede; la canéfora cincelada para sostener los impluvios; aquellos libadores que ofrecían en copas de oro vino á los dioses; hasta los eunucos, recostados muellemente y puestos junto á los cazadores que vencían y domaban en combates titánicos á las fieras del desierto asirio.

Al pie de tales varias estatuas, en estos grandiosos monumentos, celebraban Nino y Semíramis sus